

A scenic landscape featuring rolling hills and mountains under a blue sky with white clouds. The foreground is dark, while the background shows layers of hills and mountains in shades of blue and green.

**Compilación de entradas #08**

# **Bibliotecario**

**Un blog de Edgardo Civallero**

**Bibliotecario**  
**Compilación de entradas 08**

**Edgardo Civallero**

© Edgardo Civallero, 2020.

Distribuido como *pre-print* bajo licencia Creative Commons by-nc-nd 4.0

"Bibliotecario". <https://bibliotecario.org/>

## ***Endling* (I)**

### **El último de su linaje**

En el número #386 (4 de abril de 1996) de la renombrada revista científica *Nature*, Robert Webster y Bruce Erickson, que entonces trabajaban en un centro de cuidado de ancianos y convalecientes, escribieron una carta para pedir que el mundo académico adoptara una nueva palabra. Una para referirse a aquella persona que fuera la última de su linaje.

*Endling*.

Este término inglés está compuesto por la voz *end* ("fin") y el sufijo *-ling*, utilizado para designar al habitante de lo que indica la raíz. *Endling* significaría, literalmente, "alguien del final", "el que vive en el fin".

La sugerencia fue recibida con contra-sugerencias (publicadas en el número del 26 de abril de 1996 de la misma publicación), y no pasó de ser una curiosidad más, de las muchas que suelen presentarse en las páginas de *Nature*.

El término tuvo mejor suerte en otras áreas menos académicas. Se filtró en la cultura popular, y desde 2001 aparece en exposiciones de museos, música sinfónica, *performances* artísticas, historias de ciencias ficción, cómics, poemas, música *black*

*metal* y artículos periodísticos. Incluso tiene su propia entrada en la Wikipedia inglesa. En estos contextos, *endling* define al último individuo sobreviviente de una especie animal o vegetal.

Una de las primeras apariciones oficiales del vocablo tuvo lugar en la exposición *Tangled Destinies* ("Destinos entrelazados") del Museo Nacional de Australia, organizada en 2001 por Matt Kirchmann y Scott Guerin, y que abordaba la relación de los pueblos aborígenes australianos con su espacio vital. La definición de *endling* estaba impresa en grandes letras en una pared, justo encima de una foto del último ejemplar de tigre de Tasmania (*Thylacinus cynocephalus*), un marsupial carnívoro de lomo rayado, hoy extinto y cuya imagen quedó desde entonces asociada a la palabra.

Poco después, en 2002, Libby Robin incluyó el término en su libro *The flight of the emu: a hundred years of Australian ornithology 1901-2001* ("El vuelo del emú: un siglo de ornitología australiana").

En 2011, Eric Freedman lo utilizó en un ensayo publicado en la revista *Earth Island Journal* y titulado "Extinction is Forever: A Quest for the Last Known Survivors" ("La extinción es para siempre: en busca de los últimos supervivientes conocidos"). El mismo autor, en "Cut from history" ("Arrancados de la historia", un ensayo publicado en *EJ Journal* en 2008), ya había reflexionado sobre la palabra.

Resulta escalofriante saber la fecha exacta en la que una especie desapareció de la Tierra. Es aún peor ver el lugar en el que tal cosa ocurrió y saber que en aquel momento nadie supo o se preocupó por lo que había sucedido y por qué.

El párrafo (y el ensayo) se refería al caso del ya mencionado último tigre de Tasmania. Bautizado "Benjamin", murió el 7 de septiembre de 1936 entre las barras de metal de una jaula del zoológico de Hobart, en Tasmania. Freedman acababa de visitar las tétricas ruinas de Hobart, y en su relato quiso recuperar la historia de uno de los *endlings* más famosos. Benjamin no solo era el último de su especie, cazada despiadadamente por los ganaderos británicos que ocuparon su tierra nativa: era todo un sobreviviente, el último de su género (otras 5 especies) y de su familia (otras 9 especies, pertenecientes a otros 8 géneros distintos), todas ellas desaparecidas en tiempos prehistóricos y solo conocidas por el registro fósil.

Se dice que murió por negligencia de sus "cuidadores", tras una noche de temperaturas demasiado bajas y condiciones meteorológicas extremas en Tasmania. En el 60º aniversario de su partida, y como una suerte de triste homenaje, el gobierno australiano creó el Día Nacional de las Especies Amenazadas.

El proceso de desaparición masiva de especies conocido como la Sexta Gran Extinción, hoy en marcha y provocado directamente por la acción humana, traerá más historias como la de Benjamin. Y las de sus muchos compañeros de la trágica lista de *endlings* compilada a lo largo de los últimos dos siglos.

Una lista que reúne solo a aquellos de cuya partida nosotros hemos sido conscientes. Es decir, una mínima porción de los que ya se fueron para no regresar.

[Esta entrada está basada en el artículo de Dolly Jørgensen "Endling, the power of the last in an extinction-prone world" ("*Endling*, el poder del último en un mundo tendiente a la extinción"), publicado en *Environmental Philosophy* en diciembre de 2016, y del cual la autora ha proporcionado en línea una versión *pre-print* libre. <http://dolly.jorgensenweb.net/ending-the-power-of-the-last-in-an-extinction-prone-world/>].

## Referencias

Libro. Lewis, Robert; Arnold, David (2002). *Tangled Destinies: Exploring land and people in Australia over time through the National Museum of Australia*. Catálogo de la exposición del Museo Nacional de Australia de 2001. [https://web.archive.org/web/20110720224835/http://www.nma.gov.au/shared/libraries/attachments/schools/resources/tangled\\_destinies/tangled\\_destinies\\_document/files/19806/tangled\\_destinies\\_full\\_colour.pdf](https://web.archive.org/web/20110720224835/http://www.nma.gov.au/shared/libraries/attachments/schools/resources/tangled_destinies/tangled_destinies_document/files/19806/tangled_destinies_full_colour.pdf)

Artículo. Webster, Robert M.; Erickson, Bruce (1996). "The last word?". *Nature*. <https://www.nature.com/articles/380386c0>

Artículo. Freedman, Eric (2008). "Cut from history: An abandoned Tasmanian zoo tells the haunting tale of an ending". *EJ Magazine*.  
<https://web.archive.org/web/20080705225257/http://www.ejmagazine.com/2002a/history.html>

Artículo. Freedman, Eric (2011). "Extinction is Forever: A Quest for the Last Known Survivors". *Earth Island Journal*.  
[http://www.earthisland.org/journal/index.php/eij/article/extinction\\_is\\_forever](http://www.earthisland.org/journal/index.php/eij/article/extinction_is_forever)

## ***Endling* (II)**

### **Los últimos hablantes australianos**

De acuerdo a los cálculos más recientes, se cree que antes de la llegada de los europeos a Australia se utilizaban en la enorme isla-continente alrededor de 250 idiomas indígenas, pertenecientes a unas 28 familias lingüísticas diferentes. Cada uno de ellos habría tenido, de media, entre 3.000 y 4.000 hablantes, aunque tales cifras son discutidas por varios investigadores debido a la variabilidad de los registros.

Un buen número de esos idiomas aborígenes desaparecieron casi inmediatamente después del arribo de los europeos, que colonizaron el lugar a partir de 1788. Las lenguas se desvanecieron junto a sus hablantes, que cayeron víctimas de los abusos de los recién llegados o de las enfermedades de las que estos eran portadores. El caso de los pueblos nativos de Tasmania —hablantes de alrededor de una docena de lenguas diferentes— se terminó convirtiendo en uno de los etnocidios lingüísticos más atroces de la historia de Oceanía.

Desde entonces, el conteo de hablas que han ido perdiéndose no ha cesado. El silencio crece, lo mismo que el olvido.

En algunas ocasiones los documentos históricos terminan poniendo nombre propio a esas pérdidas: el de los últimos hablantes de las lenguas en cuestión. *Endlings* que se

suman a la larga lista de *endlings* que ha compilado Australia a lo largo de los últimos dos siglos.

El amurdag (amurdak, amurag, amarag o wureidbug), por ejemplo, fue una lengua de la familia iwaidja que se utilizó en el Territorio del Norte. Su último hablante se llamaba Charlie Mungulda, y murió en 2016. Logró dejar testimonio de su idioma gracias a un trabajo de décadas junto a lingüistas como Nick Evans o Robert Handelsmann. Pero el habla viva desapareció con él.

El amurdag se ubicó en uno de los "puntos calientes" a nivel mundial en lo que respecta a idiomas amenazados: el Territorio del Norte australiano. En 2015 había allí 153 lenguas en peligro, incluyendo al magati-ke y al yawuru, cada uno de ellos con solo tres hablantes vivos.

Del Territorio del Norte desapareció también el kungarakany o kungarakan (llamado asimismo gunerakan, gungaragan, gungarakanj o kangarraga), perdido con la muerte de Madeline England en 1989. Y el arrernte bajo, que se hablaba en el área del río Finke, cerca de Alice Springs. Esa lengua se silenció cuando la última persona capaz de mantener una conversación fluida en ese idioma, Brownie Doolan Perrurle, falleció en 2011. El lingüista Gavan Breen pudo compilar un diccionario gracias a conversaciones que tuvo con Doolan. Pero nada más.

Otro ejemplo es el del nyulnyul, que se perdió en 1999. Era la lengua del pueblo Nyulnyul, de Australia Occidental. Su última hablante se llamaba Mary Carmel Charles.

Nacida en la misión de Beagle Bay, en Kimberley, Charles escribió un libro bilingüe, *Winin – Why the Emu cannot fly* ("Winin: por qué el emú no puede volar"), una historia tradicional infantil en el que, como complemento, proporcionó una guía para la pronunciación de las palabras indígenas. Publicado en 1993, la autora señaló en sus páginas:

*There's nobody else now who knows the language, only a few, one or two people but they don't know it well. I would like for children to learn Nyulnyul language.*

[Ahora ya no hay nadie que sepa el idioma, solo unos pocos, una o dos personas, pero no lo conocen bien. Me gustaría que los niños aprendiesen la lengua nyulnyul].

Uno de los casos históricos mejor documentados de desaparición de una lengua australiana fue el del nuenonne o nyunoni. Era utilizado en la isla Bruny, cerca de la costa sudeste de Tasmania. Su última hablante fue Truganini, hija de un jefe local de nombre Mangana, la cual murió el 8 de mayo de 1876. De su idioma solo quedaron algunas listas de palabras, recogidas en la segunda mitad del siglo XIX por George Augustus Robinson, Charles Sterling o R. A. Roberts. Truganini fue considerada durante mucho tiempo la última aborigen tasmana pura, aunque, a ciencia cierta, lo fuera Fanny Cochrane Smith. Esta registró en un cilindro de cera las únicas grabaciones existentes de una lengua nativa de Tasmania.

Los ejemplos continúan. El umbugarla o mbukarla de Arnhem Land, al norte de Australia, tenía tres hablantes en 1981. Para 2000, el último, Butcher Knight, había fallecido.

También de Arnhem Land, del área cercana al Parque Nacional Kakadu, era el gaagudju (gagadu, gaguju o kakadu), que se fue con Big Bill Neidjie el 23 de mayo de 2002. Al darse cuenta de que iba a ser el último de su linaje y se iba a llevar esos saberes a la tumba, Neidjie reveló todos sus conocimientos tradicionales, rompiendo con ello varios tabúes de su pueblo. Muchos los confió a su propio hijo, pero otros los reveló al antropólogo Stephen Davis y a otros "extranjeros". Además, publicó dos libros, y fue un activista que compartió sus saberes con los muchos visitantes del vecino Parque Nacional.

Otro activista comprometido con su cultura y su territorio fue Tommy George, del pueblo Kuku-Thaypan. Cuando murió, el 29 de julio de 2016, se llevó consigo los sonidos de su lengua natal, el gugu thaypan, kuku thaypan o awu alaya, hablada al sudoeste de la península de Cape York, en Queensland.

También de Queensland, concretamente de Barrow Point, era el mutumui o eibole, que desapareció en 2005 con la partida de Urwunjin Roger Hart. Del mismo estado australiano era Alice Chalk, la última hablante de mbabaram o barabaram, perdido en 1979. El lenguaje tuvo la fortuna de ser recogido audiovisualmente por R. M. W. Dixon, que trabajó con otro de los últimos hablantes, Albert Bennett.

El nyawaygi o nawagi se utilizaba al noreste de Queensland, y se perdió con Willie Seaton en 2009. Sin salir de ese estado, el warrongo o warungu desapareció en 1981 con Alf Palmer (cuyo nombre original era Jinbilnggay). Antes de su muerte, el idioma fue rescatado por los lingüistas Tasaku Tsunoda y Peter Sutton. Gracias a sus esfuerzos la lengua está empezando a ser revivida. Así le dijo Palmer a Tsunoda cuando comenzaron a trabajar juntos:

*I'm the last one to speak Warrungu. When I die, this language will die. I'll teach you everything I know, so put it down properly.*

[Soy el último en hablar warrungu. Cuando muera, esta lengua morirá. Le enseñaré todo lo que sé, así que regístrelo adecuadamente].

El kurna fue la lengua del pueblo homónimo de las Adelaide Plains, en Australia Meridional. Como primera lengua desapareció en 1931, cuando falleció su último hablante, Ivaritji. Pero se lo está reviviendo desde 1990 con la ayuda de un diccionario recopilado por dos misioneros alemanes en la década de 1840. De esa idea surgió, en 2002, el grupo Kurna Warra Pintyanthi ("Creando la lengua Kurna").

El martuthunira del pueblo homónimo de Australia Occidental dejó de sonar el 6 de agosto de 1995 con la muerte de Algy Paterson, quien había estado trabajando desde 1980 con el lingüista Alan Dench para preservar el idioma a través de la escritura.

Finalmente, el yarli o yardli se hablaba en Nueva Gales del Sur. Su dialecto malyangapa desapareció en 1876 con la muerte de Laurie Quayle.

En 1990 se calculó que sobrevivían alrededor de 90 de las lenguas aborígenes de Australia. Tan solo una década después, el 70% de ellas ya se encontraban severamente amenazadas. Hoy se hablan unas 20, con otras 110 usadas únicamente por ancianos. Si ese ritmo de pérdida se mantiene —y nada augura lo contrario—, y a pesar de los enormes esfuerzos realizados por lingüistas, antropólogos y las propias comunidades por preservar sus hablas, los idiomas nativos australianos sobrevivientes terminarán desvaneciéndose durante la siguiente generación. Las peores proyecciones señalan que en 2050 probablemente no quede ninguno.

Y con los *endlings* australianos —los últimos que hacen sonar esos idiomas únicos— desaparecerán bibliotecas enteras de saberes, experiencias, memorias e identidades.

## Moriori

Al este del archipiélago de Nueva Zelanda, en el océano Pacífico, se encuentra Rēkohu, llamada Wharekauri por los Maorí, y bautizada como Chatham por los navegantes británicos que la "descubrieron" en 1791. Rēkohu ("sol neblinoso"), junto con la más pequeña Rangiaotea (la actual isla Pitt), es la tierra del pueblo Moriori.

Los Moriori fueron el resultado de la fusión de la población local de las islas con algunos grupos Maorí que se asentaron en ella hacia el siglo XVI. La tradición oral señala que esos Maorí eran parte de los grupos Wheteina y Rauru, de Hawaiki (el mítico lugar de origen de todos los Maorí); que llegaron a las Chatham en dos enormes canoas, en sendas migraciones sucesivas; y que se casaron con gente que ya vivía allí, los Hamata, descendientes de Rongomaiwhenua, el ancestro fundacional.

Se organizaron en nueve tribus (Hamata, Wheteina, Eitara, Etiao, Harua, Makao, Matanga, Poutama y Rauru) y desarrollaron una identidad propia. Dentro de esa identidad se encontraba la ley de Nunuku-whenua, un código de no-violencia y resistencia pasiva que había sido establecido en el siglo XVI por el jefe homónimo, de la tribu Hamata. Un código que, en última instancia, significó su desaparición como sociedad.

De cultura originalmente polinesia, los Moriori tuvieron que adaptarse al entorno de las islas Chatham, gélidas y muy poco hospitalarias. Allí no podían cultivarse los

productos tradicionales polinesios, de modo que las tradiciones agrícolas fueron abandonadas y aquellas comunidades adoptaron un estilo de vida de cazadores-recolectores, basado sobre todo en los recursos marinos. Cazaban focas, capturaban polluelos de albatros, y pescaban desde sus *waka*, enormes canoas con flotadores de *rimurapa* (kelp) y paneles de lino silvestre trenzado.

También debieron adaptar sus propias expresiones culturales. Dado que en aquellos horizontes carecían de materiales con valor ceremonial, como la preciada *pounamu* ("piedra verde"), se vieron forzados a expresarse a través de otros canales. Como los *rākau momori* o dendroglifos, pictografías incisas en las cortezas de árboles vivos que representaban *karapuna* (ancestros) o animales.

Aquella pequeña sociedad estableció el pacifismo como norma de vida, evitando rígidamente tanto cualquier actividad bélica como el canibalismo ritual, habitual entre los Maorí. Los Moriori resolvían sus conflictos a través de conciliaciones y luchas rituales. De aquella manera —llegaron a castrar niños para evitar la superpoblación— lograron mantener los escasos recursos que proporcionaba un espacio manifiestamente hostil.

En 1791 arribó a sus costas el *HMS Chatham*, comandado por W. R. Broughton; los británicos reclamaron inmediatamente las islas para la Corona. Balleneros y cazadores de focas pronto convirtieron aquellos islotes en su centro de operaciones. Hacia 1830 la población indígena era de unos 1600-2000 individuos, con bajas considerables debido a la gripe llevada por los convictos, los cazadores y los marineros europeos.

En 1835, algunos Maorí de los *iwi* (clanes) Ngāti Mutunga y Ngāti Tama, de la región de Taranaki, en la isla norte de Nueva Zelanda, invadieron las Chatham. El 19 de noviembre de aquel año, a bordo de un barco secuestrado (el bergantín *Lord Rodney*), unos 500 Maorí provistos de mosquetes, mazas y hachas de guerra desembarcaron en Rēkohu; el 5 de diciembre llegarían otros 400.

Se convocó urgentemente un *hui*, un consejo de ancianos Moriori, en el lugar llamado Te Awapatiki. A pesar de conocer la tradición bélica de los Maorí —que mataban y canibalizaban ritualmente a sus conquistados sin mayores contemplaciones—, y a pesar de que algunos de los mayores señalasen que los principios de Nunuku-whenua debían ser dejados de lado en aquella ocasión, dos *ieriki* o jefes Moriori, Tapata y Torea, explicaron que la ley de Nunuku-whenua era un imperativo moral, y no podía dejar de respetarse.

Y entonces comenzó la matanza.

Un superviviente Moriori recordaría luego que los Maorí los mataron "como si fuesen ovejas", y que de nada les valió esconderse en los bosques o entre las piedras. Un conquistador Maorí explicó, por su parte, que ellos tomaron posesión de aquellas tierras de acuerdo a sus costumbres, y apresaron a toda la gente, sin dejar escapar ninguno. El 15% de la población fue asesinada, y algunos fueron devorados ritualmente. Los Maorí prohibieron el uso de la lengua local y obligaron a los Moriori a mancillar sus sitios sagrados. Luego prohibieron que se casaran entre ellos o tuvieran

hijos. Todos los supervivientes se convirtieron en esclavos, propiedad de sus amos Maorí.

Para 1862 solo quedaban vivos un centenar de Moriori. El último de ascendencia pura, Tommy Solomon, falleció en 1933. Sin embargo, en los últimos tiempos se ha dado un renacimiento. El censo neozelandés de 2006 indica que 945 personas se declararon Moriori, si bien de ascendencia mixta. La vieja lengua está siendo recuperada, y la comunidad ha abierto un *marae* (recinto comunitario sagrado), llamado Te Kopinga, en 2005.

Los Moriori fueron descritos, incluso por sus agresores Maorí, como un pueblo profundamente *tapu*, "reverencial". Contaban con un sistema de creencias, reglas y rituales que eran estrictamente respetados y que los conectaban íntimamente con su entorno natural. Una pequeña muestra de esa relación son los dendroglifos: mensajes dibujados sobre las pieles vivas de los pocos árboles *kopi* que crecen en las islas Chatham.

Mensajes que han sobrevivido hasta la actualidad sobre 82 troncos (algunos de ellos ubicados dentro de la Reserva Histórica Nacional Hapupu / J.M. Barker), y que permiten que los actuales Moriori se conecten con las memorias y las historias de sus antepasados.

## Referencias

Artículo. "Moriuri". En *Te Ara Encyclopedia*. <https://teara.govt.nz/en/moriuri>

Artículo. "Rākau Momori (Moriuri memorial trees) - Fact sheet". En *Hokotehi*.  
[http://www.moriuri.co.nz/\\_w/\\_w/wp-content/uploads/2014/09/Ra%CC%84kau-Momori-fact-sheet-aug-2014-final.pdf](http://www.moriuri.co.nz/_w/_w/wp-content/uploads/2014/09/Ra%CC%84kau-Momori-fact-sheet-aug-2014-final.pdf)

## Una naranja de museo

Joseph Roberts nació en 1854 en Hanley, condado de Staffordshire, en el corazón de la Inglaterra de la Revolución Industrial. Como muchos de sus compatriotas, era minero: había que extraer de las galerías subterráneas el material que mantenía funcionando las calderas y escupiendo humo a las enormes chimeneas de la región, conocida hasta bien entrado el siglo XX como *The Potteries* por sus industrias cerámicas.

Trabajaba en los Racecourse Pits, tres enormes pozos de carbón situados en Etruria, un pueblo cercano a Hanley. Esas villas, junto a otras tantas, se desarrollaron al calor de las industrias y, al crecer, terminaron formando el actual conglomerado urbano de Stoke-on-Trent. Las carboneras se abrían justamente en el sitio en el que, hasta 1841, había funcionado la primera *racecourse* (pista de carrera de caballos) de *The Potteries*. En 1842, Earl Granville compró el lugar, y convirtió aquel rincón de diversión en la puerta de entrada a una vida de penurias.

La mañana del 19 de febrero de 1891, Roberts salió de su casa con su *lunchbox*, la tradicional caja en la que los obreros se llevaban al trabajo el almuerzo preparado por sus mujeres... cuando tenían algo para llevarse. Dentro iba, entre otras cosas, una naranja cuidadosamente envuelta en un paño de algodón y colocada dentro de una lata del famoso Lyle's Golden Syrup, una melaza clara que se comercializaba en Inglaterra desde hacía unos pocos años (y que aún se produce). Aquello era un pequeño lujo, un tesoro para la época; las frutas más habituales eran las manzanas y

peras locales, o las bayas de temporada, o incluso algunos ejemplos tempranos de frutas almibaradas enlatadas. Pero no las naranjas. No en aquel entonces, en aquel lugar.

Roberts bajó a la mina, como cada día. Pero antes de la hora del descanso, antes de que pudiera abrir su *lunchbox* y encontrar aquella naranja, hubo una explosión.

Lograron sacarlo de allá abajo, y llegó vivo al hospital. Pero nunca volvió a su casa.

Su caja del almuerzo fue devuelta a su familia: su esposa y sus seis hijos. Y así, tal cual la recibieron, se quedó durante un siglo, encima de la repisa de la chimenea. Intacta. Y con la naranja dentro.

Al estar en un sitio seco y cálido, la fruta no se descompuso, sino que se secó.

En 2007, Pam Bettaney, la bisnieta de Roberts, donó la pieza al Potteries Museum & Art Gallery de Stoke-on-Trent, envuelta en su paño y dentro de su lata. De un color negro noche que no invita ni siquiera a acercarse a ella, la naranja está expuesta en una vitrina más de 100 años después, recordando un pretérito gesto de cariño y un destino fatal que fue compartido por muchos, muchísimos otros.

Dicen que las semillas todavía pueden oírse en el seco y hueco interior de la fruta.

